

MARÍA LUISA ACUÑA

EL CALENDARIO REPUBLICANO

Como muchos contemporáneos yo también siento transcurrir cada año con más velocidad que el anterior, a diferencia del tiempo de mi infancia, cuando los años eran largos y de domingo a domingo había distancias interminables. Quizás a causa de esos recuerdos de infancia elegí el tema de este trabajo, "El calendario republicano"; porque en casa solía ver renovarse cada año los almanaques Bayer de pared ilustrados con imágenes sacras, santoral y fases de la luna de los doce meses. Y mi abuelo consultaba sus almanaques Bristol, para saber cómo sería el tiempo, al iniciarse cada mes. El Bristol era, y es, porque todavía se publica, un librito en octavo, de tapas anaranjadas, con el retrato de un señor de abundante cabellera y barba en la portada. Adentro se indicaba los eclipses del año, las posiciones de los planetas, las eras mahometana e israelita; cada mes con su santoral, fases de la luna, indicación de tormentas y bonanzas para las regiones desde Guayaquil hasta Asunción; pero además, entre mes y mes había historietas graciosas en ocho cuadros, poemas, consejos útiles, adivinanzas, frases célebres, en fin, una bibliografía de consulta y entretenimiento, para toda la familia.

Ahora nuestros relojes a cuarzo nos indican la hora y el día con precisión técnica, haciéndonos sentir más vivamente que antes la fluencia del tiempo. Ahora es claro para nosotros el sentido del "Fugit irreparabile tempus" virgiliano y el dicho griego: "No te bañas dos veces en el mismo río" aludiendo al incesante fluir del tiempo.

Sin embargo el hombre necesita vivir al tiempo no como

un fluir continuo sino con referencias al comienzo y al final de sus tareas del año. Así nacen los calendarios; pero nacen como sistemas de computar el tiempo del trabajo y el de la fiesta. El hombre hace sus calendarios teniendo en cuenta la fiesta religiosa, que es la auténtica fiesta.

La inserción del tiempo sagrado en el profano es la clave de los calendarios. La relación hombre-dios está presente en ellos. Los dioses han instituido las fiestas como hitos reguladores de la vida humana, y los hombres periodizan el eterno fluir del tiempo de acuerdo con esas fiestas, que son días de alabanza y agradecimiento a sus dioses.

Como ejemplo basta recordar el calendario inca, casi solar en la distribución de los meses: el año empezaba con el Capac Raymi festejando la divinidad del sol con ritos y ceremonias especiales; en el Camay (mes de enero) había una batalla ceremonial en la plaza de Cuzco y se consagraban las llamas destinadas al sacrificio para la iniciación del año siguiente; en Ayrihua, abril, era la fiesta consagratoria de la llama blanca, símbolo de la autoridad real, y así sucesivamente. Los egipcios tenían su calendario solar estrechamente relacionado con las fiestas religiosas, algunas incluidas en el ciclo de Osiris, cuya muerte y resurrección simbolizan el ciclo vital de la vegetación. (1)

Los romanos no escapan a esta tradición y su calendario declara en los nombres de los meses, derivados de divinidades y ceremonias sacras, su carácter religioso vigente en la antigüedad y en creciente desacralización desde la República al Imperio: Januarius, enero, es el mes dedicado a Jano, la divinidad de los comienzos de todas las cosas, que rige los inicios de la vida, del trabajo, del año; sigue Februarius, febrero, mes de las Februa, ceremonia de la purificación de la tierra y del hombre; Martius, marzo, es el mes dedicado a Marte, antiguamente divinidad protectora de la fecundidad de la tierra y los ganados, y así sucesivamente. Estos nombres son mantenidos en el calendario cristiano, porque ya estaban desacralizados, no significaban ningún peligro para la religión cristiana. Como tampoco necesitaron ser cambiados por sus significados los nombres de los días de la semana: Lunae dies, día de la Luna,

dio Lunes; Martis dies, día de Marte, dio Martes; Mercuri dies, día de Mercurio, dio Miércoles; Jovis dies, día de Júpiter, dio Jueves; Veneris dies, día de Venus, dio Viernes y todos estos nombres entraron en el calendario cristiano con el agregado del hebreo Sábado.

"Sábado", de Shabbáth viene del verbo shábbath, cesar. El término "sábado" se podía aplicar primitivamente entre los hebreos a cualquier tiempo sagrado en que se prescribía interrumpir el trabajo. "Sábado" con el sentido de interrumpir cada siete días el trabajo, es una costumbre de origen oscuro; no se ha probado que sea babilónica (2). Después del exilio la observancia del sábado se volvió una práctica esencialmente judía.

Los primeros cristianos respetaron el sábado; pero su observancia se suprimió poco a poco, hasta que el primer día de la semana, domingo, pasó a ser la fiesta propia de los cristianos, por conmemorarse en él la resurrección de Cristo. Y su nombre, "dies dominica" dio "domingo", día del Señor. El cristianismo propone como día de descanso el domingo, porque en ese día se celebra la afirmación de la creación, que es el fundamento de todas las demás festividades cristianas. En ese día el Señor contempla la creación y ve que todas las cosas son buenas; Dios mismo, al traer las cosas a la existencia, afirma y ama esas mismas cosas sin excepción. A este significado se suma el hecho de que el hombre descansa de sus tareas el domingo para dar gracias a Dios por el don de la creación y por la vida recibida, puesto que la vida humana forma parte de ella (3).

Este es nuestro calendario actual, cristiano, o gregoriano, como también se nombra por la reforma de Gregorio XIII que restableció en su sitio el equinoccio vernal en 1582. Hasta 1793 los franceses se rigieron por este calendario. Ese año Charles Romme propuso a la Convención reformar el calendario y le fue encomendada esa tarea junto con el poeta Fabre d'Eglantine. El 5 de octubre se conoció el proyecto del nuevo calendario, que fue sancionado el 24 de noviembre (4).

De Romme se sabe poco: fue diputado a la Convención, había nacido en Riom y acompañó a Fabre en la reforma del calen-

ario; condenado a muerte en 1795, se suicidó.

Philippe Fabre d'Eglantine es el autor de la nomenclatura de los meses y los días. Los rasgos que nos han quedado de su vida y trabajos nos lo diseñan como un hombre en el que coexistieron el racionalismo y el sentimiento de la naturaleza, unidos a una sensibilidad poética que lo aproxima a la intuición mítica.

Nacido en 1750 cerca de Carcassona, estudió en Toulouse. Ganó la eglantina de oro en los Juegos Florales y desde entonces añadió el nombre de la flor al suyo, por eso se nombra en la historia de Francia Fabre d'Eglantine o Fabre a secas. Desde 1789 abraza con entusiasmo las ideas revolucionarias; escribe en el periódico "Les Revolutions" de París. Tiene comedias, como "Le Présomptueux", con buena acogida del público en 1790, año en que presentó también "Philinte de Moliere", comedia que continúa el argumento de "El Misántropo" de Moliere; pero con un Filinto egoísta y brutal y un Alcestes generoso y comprensivo. Pero Fabre d'Eglantine es más recordado por la canción "La Vuelta de los Campos", conocida por el primer verso: "Il pleut, il pleut, bergere". La canción parece forjada en los salones y reuniones donde la sociedad francesa rococó hacía gala de ingenio y gracia, donde la poesía pastoril de Teócrito y Virgilio tuvo un renacimiento galante con damas y caballeros que gustaban llamarse Filis y Galateas, Títiros y Dafnis.

Nuestro poeta era amigo íntimo de Dantón y Desmoulins, juntos fundaron el Club des Cordeliers. Fue convencional y miembro del Comité de Salud Pública; se lo menciona en la discutida liquidación de la Compañía de Indias, en el año crítico 1793 y en 1794, el 5 de abril, o el 16 germinal del año III fue guillotinado junto con sus amigos Dantón, Desmoulins y otros más.

Los nombres de los meses del año revelan los latines de Fabre, porque los hombres de su época habían sido formados en colegios con programas de literatura clásica, preferentemente latina. Sus lecturas fueron en ese ámbito Cicerón, Virgilio, Horacio, Tito Livio, Salustio, Tácito y en especial, Plutarco con sus retratos de varones ilustres, que les ayudaron, no me

nos que los autores europeos, a pensar que vivían en una época de profunda corrupción y que esa corrupción debía ser arrancada de raíz.

Fabre distribuyó los meses de acuerdo con las estaciones. El año empezaba en Otoño con el mes Véndemiaire, vendimiarío, cuyo primer día coincidía con el 22 de setiembre del calendario gregoriano, el segundo con el 23, y así sucesivamente hasta el día 30, que era el 21 de octubre.

La raíz latina de Véndemiaire es vindemia, vendimia y la terminación -aire, reiterada en los tres meses de otoño, es la versión francesa que hace Fabre del sufijo latino -arius, cuyo significado es: relativo a, referente a; de modo que Véndemiaire significa, relacionado con la vendimia mes, de la vendimia. Brumaire y Frimaire, vienen del francés brume y frimas, bruma y escarcha, respectivamente, con el sufijo ya dicho; el mes de la bruma y el mes de las escarchas.

Y en el invierno hay que contar: Nivose, directamente tomado del latín nivosus, de la raíz latina nix, nivis: nieve, con el sufijo -osus, que indica abundancia: Nivose, abundante en nieves. También esta vez crea un sufijo para nombrar los tres meses invernales. Así Pluviose viene de pluvius, lluvia y Ventose de ventus; los meses abundantes en lluvias el primero y abundante en vientos el segundo.

En la Primavera estaban Germinal, del francés germe, germen, semilla y también del verbo latino germino, as, are: germinar; Fabre agrega el sufijo latino sin modificarlo -al, que indica conveniencia, conformidad propiedad; de modo que Germinal es el mes conveniente para sembrar, o el mes propio de la germinación. Floréal y Prairial, del francés flore y prairie, flor y prado y -al, son el mes propio de las flores y el mes propio de los prados.

Y entrando en el Verano, está Messidor, del latín messis, is: cosecha, mies, siega y el sufijo castellano -dor, derivado del latino -tor, que significa el agente, el que realiza la acción verbal; de modo que Messidor es el mes que levanta las cosechas, el mes que siega las mieses. Thermidor, del francés thermes, termas, baños termales, también calor, sería el mes de las termas, o del calor, el mes que produce calor.

Y Fructidor, del latín fructus, el mes que fructifica, de frutos, o fructece.

En suma, Fabre d'Eglantine inventa los nombres de los meses con oído musical, a partir de palabras latinas y francesas y adaptando sufijos latinos que no aparecen en la lengua francesa excepto en estos nombres: -aire, -ose, -al, -dor, derivados de los latinos -arius, -osus, -al y -dor versión castellana del latino -tor. Cuando hacía estas derivaciones el poeta pensaba, seguramente, en la aceptación general que tendría el calendario en los otros países civilizados; el latín era lengua conocida y estudiada extensamente.

Hay algo que persiste musicalmente, incluso en la versión castellana de los nombres forjados por Fabre; decir Vendimiar, Nivoso, Germinal, Fructidor, suena como nombrar Vertumnus, Vertumno; Silvanus, Silvano y Autumnus, Otoño, como divinidades protectoras de los ganados y las mieses, las selvas y los frutos. Como si Fabre hubiera recordado a los numina romanos, como si de nuevo percibiera potencias en las criaturas de la naturaleza.

Los nombres de los días, agrupados en décadas recuerdan los parapegmas griegos, los calendarios de la vida práctica a los que Hesíodo alude en el s.VIII a.C. cuando los hombres relacionaban los trabajos de campo, las probabilidades de lluvia y buen tiempo con los ortos y ocasos helíacos de diversas constelaciones fáciles de identificar por los campesinos y marinos. Como por ejemplo, el 8 de setiembre era el orto matinal de la estrella Arturo, cuando se empezaba a preparar la vendimia; entonces diez días formaban una década; los meses tenían tres décadas, de las cuales las dos primeras nombraban a los días por el orden que ocupan dentro de ellas, no así la tercera década, en que se veía desaparecer paulatinamente a la luna y se hacía una cuenta regresiva de los días, desde el noveno día antes de la desaparición de la luna, el octavo...hasta llegar al último del mes o triakádes, trigésimo.

Pero en el calendario republicano el decadi, década, décimo día dedicado al descanso, reemplazó al domingo y fue muy criticado, porque se interpretó que con él se infería el mayor agravio a la religión católica al suprimir el domingo con su

inmensa carga significativa para la religiosidad cristiana. Tal vez Fabre había pensado en los parapegmas; pero ya sus contemporáneos dieron otra finalidad a los nombres de los días de las décadas, que fueron impuestos, según la Convención: "para borrar los prejuicios del Trono y de la Iglesia que ensucian cada página del calendario".

Este torpe comentario y el reemplazo del santoral cristiano por los nombres de productos naturales y de instrumentos rurales, se explica por la descristianización y el culto de la Razón que la Convención apoyaba, para separar a la Iglesia del Estado y para laicizar cada vez más a éste último. El anticlericalismo es uno de los rasgos definidores del s.XVIII, que cuestionó toda la tradición europea, en todos sus aspectos, especialmente en el religioso, hasta reemplazar la teoría del derecho divino, por la del derecho natural, y hasta imponer la idea de que la teología concierne al cielo y la razón natural a la tierra.

El año según el calendario republicano tenía 12 meses de 30 días cada uno más 5 días complementarios que correspondían a setiembre y estaban consagrados a la celebración de las fiestas republicanas. Había una doble serie de fiestas; las políticas, destinadas a celebrar cada año el 14 de julio de 1789, el 10 de agosto de 1792, el 21 de enero y el 31 de mayo de 1793. Las otras fiestas, 36 en total, celebraban al Ser Supremo y a la Naturaleza, al Género Humano, al Pueblo Francés, a los Benefactores de la Humanidad, y otros motivos más.

El decreto de aprobación del calendario dice en otro pasaje que "la nueva era de los franceses empieza con la fundación de la República el 22 de setiembre de 1792, día en que el sol llegó al equinoccio verdadero de otoño, entrando en el signo de la Balanza, a las nueve horas dieciocho minutos de la mañana, según el Observatorio de París."

La Balanza significa Justicia y esta elección del equinoccio de Otoño para señalar el principio de la nueva era, nos recuerda el "Jam redit et Virgo" con el que Virgilio alude al retorno de Astrea o Erígone, la Justicia, que había abandonado a los hombres por su maldad; pero retornaría en el principio de Augusto. Los hombres de ambas épocas coinciden en su

anhelo de una justicia más distributiva.

Con el nuevo calendario se exalta el advenimiento de la República como el nacimiento de un tiempo nuevo esperanzador. Todos los hombres de la época debían reconocer que en Francia se había producido una "revolutio" en el sentido original de la palabra: una vuelta completa, para ordenar el mundo nuevo. Así suena lógico tomar este hecho como punto de partida de una nueva era.

Para los romanos la fundación de Roma significó el comienzo del mundo y fecharon sus documentos "ab Urbe condita". Para los cristianos el nacimiento de Cristo marcó el principio del tiempo. De ahí surgieron las denominaciones "Era romana", "Era Cristiana". "Era" es siempre un punto fijo al cual se refieren los años según un número de orden. En el curso de la historia hubo muchas eras; todas tienen una particularidad común: el haber sido definidas mucho tiempo después del acontecimiento que las inaugura. La mayor parte de los acontecimientos escogidos como origen de las eras se remontan a un pasado lejano, están raras veces definidos con precisión, y se los puede considerar míticos. No es precisamente lo que ocurre con la Era de la Revolución Francesa.

El calendario republicano fue creado con la intención de generalizar su uso en toda Europa y el mundo; pero no fue adoptado por otros países. Conspiraban contra su empleo el ordenamiento de los días de cada mes que no coincidía con el calendario gregoriano, ya que el primero de mes era el día vigésimo primero, o el vigésimo, o el décimo nono de los meses por nosotros empleados; el reemplazo de las semanas de siete días por décadas y también la duración de los días de 100 horas, las horas de 100 minutos y los minutos de 100 segundos. Al ciudadano común y al campesino todo esto le dificultaba mucho sus cálculos, incluso dentro de Francia. Esta situación se solucionaba en parte con la publicación de tablas de equivalencias entre las fechas republicanas y las gregorianas en los Anuarios de la Oficina de Longitudes y el Anuario Astronómico Camilo Flammarion. Este sistema de computar el tiempo duró 12 años; Napoleón lo abolió por decreto del 9 de setiembre de 1805, a partir del 1 de enero de 1806, cuando se volvió al

calendario gregoriano.

Este hecho histórico del cambio de calendario nos sugiere varias reflexiones. En primer lugar, tiene poco que ver con la aplicación de un criterio estrictamente racional, sino más bien con un comportamiento mítico. ¿Cómo hablar de mito en pleno Siglo de las Luces! En una época que echó abajo las creencias, supersticiones, hechicerías, oráculos, brujos, duendes y demonios. Hazard habla de la negación del milagro y del misterio en el s.XVIII. En los hechos relacionados con la sanción del nuevo calendario hay una decidida descristianización, que no significa precisamente racionalización con el sentido que esta palabra tiene: aplicar la luz del raciocinio para combatir creencias perimidas, porque en esos días el culto revolucionario iba formándose y sustituyendo a la religión católica.

Dijimos que los calendarios nacen para computar el tiempo del trabajo y el de la fiesta, que la inserción del tiempo sagrado en el profano es la clave de los calendarios, y también que la verdadera fiesta es la sagrada. Según Eliade, el comportamiento mítico, el del hombre de las sociedades arcaicas que encuentran en el mito la fuente misma de su existencia, se define por tres notas esenciales: la imitación de un modelo transhumano, la repetición de un escenario ejemplar y la ruptura de un tiempo profano por una apertura que desemboca en el Gran Tiempo. Pero los hombres modernos no se apartan completamente del mito, puesto que el mito es un impulsor de la vida de los hombres en todas las épocas. Los franceses de fines del siglo XVIII permanecen fieles a las tres notas enunciadas por Eliade.

Ellos han sido formados conforme a modelos ejemplares. Las virtudes morales y cívicas de los personajes ilustres que Tito Livio y Plutarco proponen en sus obras, sutilmente tejidas entre el mito y la historia, son menos importantes que las ideas sobre la Razón y la Naturaleza de los pensadores europeos, magistralmente comentados por Hazard (5).

Para la Europa letrada los arquetipos de la Antigüedad Clásica se manifestaron en un "illo tempore" que fue el apogeo de la cultura grecolatina. Precisamente son estas virtudes morales y cívicas las que los revolucionarios reclaman a la so-

ciudad y al gobierno monárquicos. Robespierre, Dantón, Roland, quieren encarnar esas virtudes y valores, para ser a su vez modelos ejemplares para las generaciones futuras. Los discursos y escritos, además de los grabados y pinturas de la época, lo declaran; David pinta "La Muerte de Marat" presentándolo exangüe como un joven romano estoico.

Cuando realizan la Fiesta de la Razón el 20 brumario del año III en la iglesia de Notre Dame con una actriz de la Opera vestida con túnica blanca, manto azul y gorro rojo, a quien se venera en un trono adornado con follajes como a la Libertad, su intención es desacralizar el lugar; pero están repi-tiendo un escenario ejemplar y procurando dar nacimiento a un nuevo ritual del nuevo culto revolucionario. En el fondo re-conocen a Notre Dame como un espacio cualificado, sagrado.

También en Lyon se habla del "Altar de la Patria", refi-riéndose al patíbulo, procurando consagrar, como lugar sagrado el ocupado por la guillotina (horrible ejemplo), llamada "Jus-ticia del Pueblo".

El calendario republicano no es un calendario civil, práctico, hecho para facilitar las transacciones y tareas de los hombres, ni tampoco procura adaptarse, como algunos inter-pretan, al sistema métrico decimal, que Mechain y Delambre es-tán determinando por aquel tiempo, porque si así fuera, los meses se llamarían, igual que los días: primero, segundo...Al contrario, los nombres Messidor, Fructidor, Germinal, Nivoso, Brumario, tienen la fuerza de entidades actuantes, como si Fa-bre percibiera potencias de la Naturaleza; potencias dadoras de bienes.

Esta percepción mítica concuerda con la filosofía de su época que niega lo sobrenatural y lo divino y sustituye la acción y la voluntad de Dios, del Dios cristiano, por el orden inmanente de la Naturaleza. La Naturaleza es la norma suprema, la ley moral, el orden objetivo; el mundo no es creación de Dios, sino del orden inmanente de la naturaleza. La naturaleza es poderosa, ordenada y está de acuerdo con la razón. Dice Cra-ne Brinton que la Naturaleza y la Razón "fueron para la Ilus-tración, lo que otros grupos de ideas, tales como la Gracia, la Salvación y la Predestinación, fueron para el Cristianismo tradicional."

Era como un retorno al origen, porque la concepción de la Naturaleza como origen del mundo y del hombre, como suprema ordenadora del universo, nace en la antigua Grecia; el epicureísmo y el estoicismo la comparten, aunque la sistematización la hace este último; pasa a Roma y después, a través de Roma, al pensamiento medieval. El cristianismo desacraliza a la Naturaleza al aceptarla como creación de Dios. Pero en el siglo XVII y el XVIII, con el apoyo del racionalismo, se revaloriza a la naturaleza como norma suprema.

Por eso el poeta Fabre d'Eglantine, sin saberlo, y a causa de su sensibilidad más aguzada que la del ciudadano común, intenta sacralizar de nuevo el tiempo, al inventar los nombres de los meses con ese hálito vital.

Pero lo más notorio de esta comportamiento mítico de los revolucionarios está en la nostalgia de la "renovatio", presente en la creación del calendario. Los revolucionarios tienen la certeza de estar forjando un nuevo mundo, con una nueva historia; la seguridad de estar inaugurando un nuevo tiempo, cualitativamente distinto del tiempo homogéneo, histórico, en el cual han vivido bajo el antiguo régimen. Quieren romper con ese pasado; pero para ello no bastan el cambio de gobierno y la descristianización. Entonces sobrevienen los castigos infligidos a las ciudades de Tolón y Lyon, cuyos castillos, edificios y monumentos se ordena destruir, por medio de miles de obreros especialmente contratados para ello (6).

Esta medida buscaba borrar la huella de las generaciones anteriores, testimonio de las injustas desigualdades sociales vividas por el pueblo: esta es la explicación que dan las disposiciones oficiales. Pero también es el deseo de destruir la historia, de abolir la historia, es la Revolución contra el pasado, para rehacer el mundo, empezar la historia de nuevo, en un mundo regenerado.

Para un universo nuevo, los revolucionarios confían en producir una regeneración del género humano. Hay grabados que muestran hombres pequeños y enclenques antes de la Revolución, vueltos robustos, gallardos, después de la misma.

La creación del calendario republicano es un hecho histórico con un importante trasfondo mítico. Sancionado por la

Convención para terminar con las "supersticiones" del catolicismo, proclamar al universo el nacimiento en Francia de un nuevo tiempo y el comienzo de una nueva historia en un mundo regenerado, el calendario revela la persistencia de una conciencia mítica en los hombres de la Revolución Francesa, quienes buscan, sin saberlo, reinsertar el tiempo sagrado en el cotidiano con las fiestas revolucionarias que son, para su sentir, todas sagradas tanto el 14 de julio como la fiesta del Ser Supremo. Racionalismo, naturalismo y comportamiento mítico se conjugan en el nuevo sistema de computar el tiempo.

La gran lección, el modelo ejemplar de la Revolución Francesa sigue siendo para nosotros la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, porque proclaman la igualdad de todos ante la ley. Este es el hecho transtemporal de la Revolución.-

NOTAS

- 1.- Brandon, S.G.F., Diccionario de Religiones Comparadas, Madrid, Cristiandad, 1975, tomo I, art. CALENDARIO: "el hombre debió de advertir muy pronto el carácter cíclico del discurrir del tiempo y su relación con los fenómenos cósmicos, y no dejaría de tener en cuenta este hecho para organizar sus tareas. La agricultura exige calcular los momentos adecuados para las diversas labores. Es probable que las fases de la luna se tomaran como la más antigua pauta para medir el tiempo; como la luna era un ser divino, la cronología quedó vinculada a la religión... En términos generales puede decirse que las necesidades de la agricultura provocaban la invocación de la ayuda divina, y por ello se hizo que el calendario quedara inevitablemente ligado a la religión en forma de celebraciones periódicas de súplica o acción de gracias."
- 2.- Brandon o.c.
- 3.- Pieper, J., Una teoría de la fiesta, ed. Rialp, Madrid, 1974.
- 4.- Aulard, M.F.A. en Histoire Générale du IVe siècle a nos jours, tome VIII, La Révolution française, 1789-1799, Armand Colin & Cie. editores, Paris, 1896; Duché, Jean, Historia de la Humanidad, tomo III, Guadarrama, Madrid, 1964; Georges Duby y Robert Mandrou, Historia de la Civilización Francesa, FCE, México, 1966; Lefebvre, Georges, La Revolución Francesa y el Imperio (1787-1815), FCE., México, 1982.
- 5.- Eliade, Mircea, Mitos, sueños y misterios, traduc. L. Galtier, C.G.F. editora, Bs.As., 1961; Cencillo, Luis, Mito, semántica y realidad, B.A.C. Madrid, 1970; Hazard, Paul, La crisis de la conciencia europea (1680-1715), trad. Julián Marías, ed. Pegaso, Madrid, 1952 y El pensamiento europeo en el siglo XVIII, Guadarrama, Madrid, 1958. Crane Brinton, Las ideas y los hombres, historia

del pensamiento de occidente, Aguilar, Madrid, 1966.

- 6.- Aulard, también Duché y Lefevbre, o.c. Además, Herrera, L.A. en La Revolución Francesa y Sud América, Semper y Cía. editores, Valencia s/a, cita a Hipólito Taine, La Révolution: "Doce mil albañiles son reclutados en el Var y en los departamentos vecinos para demoler Tolón. En Lyon catorce mil obreros echan abajo el castillo de Pierre Encize, las soberbias casas de la plaza Belle Cours, las del muelle Saint Clair, las de las calles Flandre, Boueneuf y muchas otras. La operación cuesta cuatrocientas mil libras por década; en seis meses la república gasta quince millones para destruir tres o cuatrocientos millones de valores pertenecientes a la república."